

LA CULTURA DE LA CONVERSACION

Ángela Calvo de Saavedra¹

La conversación es nuestro modo natural de dar contexto y hacer inteligible el propósito de las acciones. En sentido amplio, “es la forma general de transacción humana” (MacIntyre, A. *Tras la virtud*, 260). Si bien es la forma natural humana de relacionarnos con el mundo y con los otros para pensar el presente, recordar el pasado e imaginar y construir el futuro, la práctica de la conversación se ha tornado extraña en la sociedad narcisista del rendimiento, del olvido de la alteridad, en la forma contemporánea de habitar el mundo que el Papa Francisco ha caracterizado con acierto como “cultura del descarte”.

La cultura de la conversación, que podemos asumir como **divisa** de la actual rectoría de la Univesidad Javeriana, propone las Jornadas de Reflexión Universitaria como encuentros ampliados de estudiantes, profesores, administrativos y directivos para conversar. Se trata de un escenario dispuesto para enriquecer mediante el diálogo entre diversas perspectivas, en un clima de confianza y lentitud, la comprensión de acontecimientos que nos afectan e interpelan, pero aún no comprendemos en su sentido profundo, en sus exigencias ni en sus efectos sobre lo que nos convoca, el ser una comunidad educativa al servicio de la formación de personas y ciudadanos comprometidos con un país que anhela una vida digna de ser vivida para todos.

Se propone la conversación como una cultura —más allá de un juego específico de lenguaje—, inspirada en las recientes palabras que nos dirigió el Cardenal José Tolentino de Mendonça, Prefecto del Dicasterio para la Cultura y la Educación, en la instalación del Seminario sobre el Pacto Educativo Global. En ellas, a partir de distintas intervenciones del Papa Francisco, recoge su “singular definición de cultura” como “el estilo de vida que tiene una sociedad determinada, el modo propio que tienen sus miembros de relacionarse entre sí, con las demás criaturas y con Dios”. Resalta la “conexión que existe entre la cultura y el modo de vivir”, para caracterizarla como “ese ‘algo’ que penetró profundamente en el modo de ser humanos [...] que concede un *plus* al hombre y a la sociedad, sin el cual no puede expresar sus convicciones más íntimas [...] afina y desarrolla las innumerables cualidades del hombre; hace más humana la vida social y las instituciones”. Los rasgos propios de una cultura que cultive de manera genuina humanidad, son

¹ Profesora Emérita Facultad de Filosofía, PUJ. Reflexión introductoria a la XVI Jornada de Reflexión Universitaria, PUJ, Melgar, agosto 28-30 de 2024

los siguientes: ha de ser “abierta, acogedora, viva, amable y dinámica”. Lo fundamental de esta comprensión de cultura es que ella debe convertirse en el talante genuino de las personas y de las comunidades, en su carácter específico, que irradia el conjunto de sus acciones y prácticas, dándoles unidad en la diferencia.

Como advirtió el Cardenal de Mendonça, la cultura “nos lleva de la mano a la educación”, puesto que “para que la cultura mantenga los buenos estilos de vida y las formas integrales de relaciones sociales, necesita que, así como va cambiando su entorno, se vayan produciendo cambios en las personas”. Esa es la tarea central de la educación, de esta pende en sentido fuerte la preservación y la apertura de la cultura a sus potencialidades inmanentes, que se convierten en tarea histórica para los actores del proceso pedagógico.

En este marco de comprensión se enmarca lo esencial de la cultura de la conversación, cultura particularmente acogedora y amable.

Como seres eminentemente relacionales, la palabra es nuestro mayor recurso para narrar la existencia y construir una vida compartida razonable (*logos* significa a la vez palabra y razón). El actuar comunicacional, orientado al reconocimiento recíproco y al entendimiento, es el único poder no violento con el que contamos los seres humanos para coordinar la acción, es la promesa libertaria del humanismo ilustrado, el uso público de la razón para tornar habitable el mundo. Potenciarlo al interior de las instituciones educativas constituye la fuerza de la esperanza y el hilo que teje la confianza, desde la cual se gana la convicción de que todos y cada uno somos incluidos y acogidos como artífices significativos en construcción de la comunidad educativa.

En el origen de la palabra compartida está la escucha atenta y paciente, que genera pequeñas pero significativas fisuras en nuestra comprensión particular de lo real. Escuchar, como disposición consciente, implica el tiempo de la demora, del cuidado, de la disponibilidad curiosa y abierta a la perspectiva del otro; es el punto cero del despliegue de nuestra competencia comunicativa, el dispositivo para que el otro tenga el coraje de expresarse, práctica que transforma su anhelo en voz y propicia el encuentro desde la mutua vulnerabilidad, suelo de nuestra humanidad común.

La conversación es ese sutil y delicado vaivén, esa oscilación de la escucha y el habla que se suscita en el encuentro, en la presencia del otro diferente, cuando nos anima un mundo de la vida cotidiana compartido que demanda la acción concertada. El mundo de la vida cotidiana es el contexto desde el cual hablamos, es el trasfondo virtualmente infinito de significaciones anterior a toda teoría y es complementario a la práctica comunicativa, porque ese mundo solo se

da a cada uno en perspectiva, de manera que ampliar nuestra lente de mirada solo es posible mediante la escucha de otras perspectivas. Es precisamente en el diálogo que cada uno se descubre como parte esencial y única de ese mundo, pero toma conciencia de que no “es” el mundo.

En el sentido que se configura a partir de la multiplicidad de voces, son decisivas las emociones porque ellas transforman los hechos en vivencias y experiencias. La sensibilidad moral de los participantes en la conversación sirve, por un lado, como indicador, como sensor para detectar aquello que nos afecta y, por otra parte, como fuente motivacional de la búsqueda de lo común, pues, en su vocación comunicativa permite el reconocimiento recíproco. Desde la sensibilidad nos abrimos a comprender a todo otro diferente en su diferencia y a acogerlo como genuino interlocutor, valorando su palabra como significativa para la comunidad. Los sentimientos morales hacen visible la injusticia, la exclusión, el menosprecio, el abuso del poder. Desde ellos cobra voz la denuncia y la resistencia que, al ser expresada y compartida, va ampliando el ámbito de la sensibilidad, la hace progresivamente más pública y compasiva ante nuevas problemáticas acuciantes: de justicia ambiental, de género, cultural, étnica, epistémica, desatadas por acontecimientos que, como la irrupción de la inteligencia artificial generativa, suscitan perplejidad e incertidumbre. Es justamente el desconcierto, la perplejidad, el asombro, el que da origen y fuerza a la conversación, al primer nivel –hermenéutico– de comprensión que va creando grupos solidarios desde los cuales se gesta y propicia la pregunta y la reflexión, es decir, el pensar. Sin esa comprensión intersubjetiva ganada solo en la conversación, es imposible la objetividad del saber.

Ese primer momento hermenéutico, de comprensión y ampliación del horizonte de mundo, es ya apertura a otras culturas y formas de vida, es experiencia del pluralismo propio del *ethos* universitario. Está determinado por la conversación, cuyo valor y sentido radica en su potencial para percibir la contingencia y el límite del punto de vista individual, de modo que contribuye de manera decisiva a descentrarnos, a abrirnos a la multiplicidad y heterogeneidad de miradas y voces sobre lo mismo, a disímiles posiciones y concepciones de lo verdadero, lo bueno, lo justo y lo correcto. La posibilidad de comprender al conversar es al mismo tiempo autoconocimiento, porque exige a cada participante tomar conciencia de lo que sabe, piensa y siente frente al tema en cuestión antes de expresar una posición propia, de la cual pueda responsabilizarse.

El efecto del encuentro de la polifonía de voces, no es una teoría ni la adopción de una postura ideológica hegemónica; tampoco se reduce a una colección de testimonios o anécdotas. Quienes

conversan, si lo hacen con la disposición idónea y el tiempo necesario, van tejiendo un hilo narrativo: “Narrar y escuchar con atención se necesitan mutuamente. La comunidad narrativa es una comunidad de personas que escuchan con atención” (Han, *La crisis de la narración*, 23); ella ancla en el tiempo dimensiones de sentido esenciales para orientarnos en el mundo. La narrativa es constitutiva de nuestra especie, todas las actividades humanas se experimentan narrativamente: el sueño, el recuerdo, la espera, la duda, la planeación, el amor y, por supuesto, la conversación.

El arte de mantener viva la tensión narrativa en la práctica de la conversación, radica en darle lugar a la palabra y a la persona de cada interlocutor, pero también a los silencios que hablan de lo indecible, del misterio, de lo inconcluso. La experiencia del tema de conversación como acontecimiento, que se recoge y amplía en cada nuevo círculo de interlocutores, exige un ejercicio de la imaginación que, lejos de intentar capturar y yuxtaponer todos los elementos que aparecen, procura una selección de la que emerja una cohesión, una red narrativa de relaciones, una historia peculiar que a manera de urdimbre polícroma, permita situarnos para construir futuro: “La acción común se basa en una narración” (Han, *La crisis de la narración*, 102).

La conversación abierta e inclusiva, animada por la curiosidad y el entusiasmo por la diferencia, no intenta urgir ni precipitar el consenso, la conclusión. Es preciso evitar jerarquizar o polarizar la experiencia del disenso. Si la finalidad del encuentro es que la conversación no se interrumpa, es decisivo deponer el espíritu del polemista, ese que habita en cada uno de nosotros y cree tener la razón de antemano, así como la autoridad para imponerla. En la conversación genuina se requiere abandonar lugares de saber y/o poder. No se trata de un discurso normativo ni de un diálogo de expertos.

La cultura de la conversación, además de ser cultura que acoge la alteridad, es una cultura amable, que mantiene las reglas de la cortesía, de la hospitalidad y da cabida al humor, lubricante social que permite transitar por la diferencia evitando la trinchera del narcisismo y venciendo el miedo al menosprecio y a la exclusión. En un entorno amable se crean vínculos entre las personas y las voces, de manera que vaya surgiendo, como en una orquesta —a partir de que cada intérprete afina su instrumento y ensaya infinidad de veces— una composición armónica. La magia del juego de lenguaje conversacional es que nunca se reduce a un partido de suma cero, no se trata de un encuentro que dictamina ganadores y perdedores, sino de un escenario y una obra siempre inconclusa, en la que atisbamos algo del otro que nos motiva a futuros encuentros.

Una cultura amable, afirma el Cardenal de Mendonça, es una cultura del encuentro, que hemos de buscar con ahínco y paciencia, cultura “cuyo estilo de vida, no hiere ni con palabras, ni con gestos al otro”. Para el Papa Francisco, “la amabilidad es una liberación de la crueldad que a veces penetra las relaciones humanas, de la ansiedad que no nos deja pensar en los demás, de la urgencia distraída que ignora que los demás también tienen derecho a ser felices”. En una cultura hostil como la que vivimos, la práctica habitual de la conversación se configura como dispositivo de resistencia.

Sin embargo, amabilidad no es condescendencia que pervierte la apertura a formas de ser y de actuar cualitativamente diferentes a las dominantes. La apertura y reconocimiento de la diferencia propia de la conversación no significa caer en el relativismo en el cual todo vale. Tampoco reduce el encuentro al imperio de la opinión. La metáfora más adecuada es la de una urdimbre, un tejido polícromo donde quede la huella de cada puntada. En la metodología que se ha propuesto para este encuentro a conversar, en cada ronda cada mesa tendrá distintos interlocutores pensando la misma pregunta, de manera que la tarea de moderadores y relatores es llevar a cabo, con imaginación y osadía, un proceso reconstructivo que recoja para cada nuevo grupo dónde va el hilo de la conversación, suscitando así la reflexión y ampliando el círculo de interlocución a la manera de ondas que se propagan en el agua o cajas de resonancia que inviten a cuestionar, disentir, reconocer puntos críticos y avanzar en la comprensión de la complejidad y profundidad de los temas sobre los que conversamos.

Naturalmente, el fin del actuar comunicacional es poder gradualmente, sin premuras y con las curvaturas propias de todo encuentro entre personas, avanzar con base en razones, en argumentos, en deliberaciones compartidas, hacia acuerdos mínimos que convoquen y vayan garantizando la estabilidad y el florecimiento de las instituciones con la participación de todos los afectados. El *telos* de la comunicación es alcanzar juicios sensatos, justificables, orientadores de la planeación y acción conjunta. Pero, la razonabilidad de las decisiones es directamente proporcional a la riqueza y amplitud de la conversación que las precede.

La motivación para este encuentro es que en él se gane la confianza necesaria para que cada uno se sienta interlocutor y artífice de una comunidad educativa concreta, la Universidad Javeriana, inserta en una tradición, con una responsabilidad social y cultural específica y con un proyecto formativo que es nuestra tarea común poner a la altura del presente: el cultivo de la humanidad. Avanzar en ese proyecto implica ir sedimentando en el día a día la cultura de la conversación.

